

El silencio en la obra de Juan Rulfo

«...cada quien por su lado para repartirnos la muerte. »¹

Antes de enfrentarse a los libros de Juan Rulfo es inevitable haber oído hablar de ellos, tanto y en tales términos que uno espera encontrarse con una brillante novedad. A pesar de esto, lo que mi memoria ha guardado es un estremecimiento parco: un estremecimiento más cercano al que produce el silencio que al que produce el grito. Porque mi memoria recuerda que allí nada brillaba: tuve la sensación de que Rulfo hablaba de algo remota e intencionadamente olvidado, de algo que preferiríamos no haber sabido. Por esto no pudo resultarme sorprendente. Pero no hay que confundirse, este estremecimiento no se parece al deslumbramiento ni al sobresalto: es un estremecimiento exacto, puntual y algo cansado. Es posible que este aroma en la memoria sea el resultado de sucesivas lecturas y que ya no recuerde un asombro inicial. Claro que cuando hablo de asombro me refiero al deslumbramiento, a esa sensación de hallazgo pulcro que se produce ante algunas lecturas, y que nos lleva a salirnos de nosotros con alegría intelectual; sin embargo, puedo asegurar que si alguna vez me asombré ante Rulfo, aquel fue un asombro adentrado y ceniciento. Y entre tanto, aún no he podido desprenderme, como si de una saliva espesa se tratara, del estremecimiento que me produjo el silencio que transita por cada una de sus páginas, porque: «El paisaje mismo es decrepito, los vivos están rodeados de los muertos.»² Y sucede que en los cuentos de Rulfo nada crece; la vida se mueve para menguar o para ser desgarradora, para ejercer la violencia.

De la obra de Juan Rulfo se han hecho todo tipo de interpretaciones, se han leído sus óseos libros desde casi todos los puntos de vista, y como toda obra milagrosa e inexplicable nunca podrá ser abarcada. Por mi parte querría entender cuál es el motivo de que esas historias áridas se instalen en nuestra conciencia de una manera natural, y nos sirvan para mirar la realidad, como nos sirven las fábulas infantiles. Porque a pesar de la distancia es muy difícil no entender a Rulfo, de una manera preconsciente, si se quiere, como se entiende la música, o como se entienden las antiguas jaculatorias cuyo significado se desconoce.

Y sin embargo, el silencio de Rulfo no es como el silencio musical: un espacio donde respirar, un lugar en el que caer. En sus libros transita un silencio contenido, un silencio que aísla y que convierte su universo en un espacio de conciencias solitarias en el que no hay rincón para la confesión: «La gente allí no se habla nada. Arregla sus asun-

¹ Rulfo, Juan: *El llano en llamas*. Pág. 79. Edit. Fondo de Cultura. México, 1973.

² Harss, Luis: «Juan Rulfo, o la pena sin nombre». Pág. 12. En: *Recopilación de textos sobre Juan Rulfo*. Edit. Centro de Investigaciones Literarias. Casa de las Américas. La Habana, 1969.

tos en forma personal, muy peculiar, secreta casi»³. Los personajes de Rulfo se miran, a lo más se rozan, pero nunca se hablan ni se tocan en el sentido confesional y de entrega de ambas palabras. Si hablaran, si se quejaban, si cometieran el desafuero de la esperanza, nadie les haría caso, nada ocurriría; pero no sólo es esta la razón: las cosas se hacen cuando hay que hacerlas, nadie dice lo que piensa hacer o, mucho menos, expresa sus deseos. Esto resultaría demasiado peligroso, grave e impúdico. Porque los personajes deambulan por una naturaleza fiera, árida, infértil, se esconden de los amantes de aporrear gentes y al Estado no se le conoce la madre: «Uno platica aquí y las palabras se calientan en la boca con el calor de afuera, y se le resecan a uno en la lengua hasta que acaban con el resuello»⁴. Cómo dialogar entonces, cómo confesarse, cómo descansar de la desdicha, si afuera no hay más que fieras. Estos hombres y mujeres dialogan poco, muy poco, entre ellos, y a nosotros, espectadores de este mundo laberíntico y seco, nos hablan en penumbra, sentados en cuclillas y sin mirarnos a los ojos. Paz nos dice: «Al mexicano todo puede herirle, palabras y sospechas de palabras (...), la confianza deshonra y es tan peligrosa para el que la hace como para el que la escucha»⁵. En efecto, los personajes de Rulfo están herméticamente solos. Pero no es ésta la soledad del diferente, la soledad del insecto de Kafka, la soledad del extraño; no se trata del aislamiento de una conciencia individual, sino más bien una manera de estar colectivamente solos sobre la tierra. Por esto los personajes de Rulfo son asombrosamente parecidos entre sí. Bien podía haber sido «El hombre» uno de los campesinos que caminan por el páramo infértil, o aquel niño que vio cómo el río se llevaba la vaca y el ternero de su hermana. Y aun así, están solos. O tal vez sería más acertado decir que están solos porque todos son extraños. Sí, solos porque el peligro está fuera, y extraños porque fuera es todo lo que no sea la propia conciencia. Por esto, confesarse no es solamente peligroso sino que termina siendo un pecado: «Nuestra cólera no se nutre nada más del temor de ser utilizados por nuestros confidentes —temor general de todos los hombres— sino de la vergüenza de haber renunciado a nuestra soledad»⁶. Sería vanidoso creer que los personajes de Rulfo nos hablan a nosotros, que nos piden nuestra complicidad o nuestro perdón. Ellos murmuran su historia, su desdicha, sin ninguna pretensión y sin ninguna esperanza.

Antes he escrito que los personajes de Rulfo son extraordinariamente parecidos entre sí, pero habría que matizar: estos hombres y mujeres se parecen en ese substrato, del que todos beben, de soledad, hermetismo y fatalidad. Y sin embargo, no responden con el mismo lenguaje a ese exterior que todos conciben como peligroso y agresivo. Todos, como «El hombre», se sienten perseguidos, obligados a actuar de una determinada manera, pero usan lenguajes diferentes ante ese sentimiento de persecución y fatalismo. Hay quienes, como los hermanos Torrico se introducen en esa realidad agresiva siendo aún más violentos que ella: como dice Paz, para ellos la vida es una posibilidad de humillar, castigar y ofender. La vida para los caciques de La Cuesta de las Comadres

³ *Ibíd.*

⁴ *Rulfo, Juan: El llano en llamas, pág. 14.*

⁵ *Paz, Octavio: El laberinto de la soledad, pág. 27. Edit. Fondo de Cultura Económica. México, 1959.*

⁶ *Ibíd.*

consiste en averiguar quién «chinga» más y hasta dónde el resto de los hombres pueden aguantar la violencia y la humillación. Aunque sería más acertado decir que el verdadero interrogante es hasta dónde la propia vida es capaz de soportar tanta energía humilladora: como si se tratase de un equilibrio de fuerzas. Ningún personaje desea erigirse en héroe contra los Torrico, y el hombre que mata a Remigio Torrico no quería hacerlo, en realidad ni siquiera es su enemigo, pero no le queda otra opción, la dinámica de la violencia no le deja otra salida.

Los otros personajes, los agazapados, los que esperan la agresión, se hallan arrinconados, intentando encontrar un hueco por el que respirar. Se trata de seres estoicos a los que no les queda más remedio que aguantar o, en última instancia, devolver la agresión si es que ha habido muertos de por medio. Impregnados de fatalismo se mueven no por decisión personal, y en ocasiones ni siquiera se mueven. Cuando la naturaleza golpea y va de la sequía a la inundación que se lleva aquella vaca, que era la garantía para que la hija no se convirtiese en prostituta como sus hermanas, entonces «...los dos pechitos de ella se mueven de arriba a abajo, sin parar, como si de repente comenzaran a hincharse para trabajar por su perdición»⁷. Se asume que la desgracia está en ella y nadie espera que la vida vaya por otro camino; porque ella es una mujer y esto es inexorable, y porque son pobres y esto también es irreparable, y la vaca y su ternero están muertos. No obstante, a veces los golpes se devuelven, aunque se hace porque no queda otra opción; matar antes de que lo maten a uno y lavar la sangre con sangre. Pero nada de esto se hace con sentido del honor, con orgullo, si no que es concebido como una especie de penitencia que hay que cumplir y que es ineludible; se carga con los muertos que a uno le dejan y con los que uno deja: «Esto con el tiempo parece olvidarse. Uno trata de olvidarlo. Lo que no se olvida es llegar a saber que el que hizo aquello está aún vivo, alimentando su alma podrida con la ilusión de la vida eterna. No podría perdonar a ése, aunque no lo conozco; pero el hecho de que se haya puesto en el lugar donde yo sé que está me da ánimos para acabar con él»⁸. Hay en todo esto una lógica escalofriante, ya que de ningún modo se trata de una respuesta compulsiva. Claro está, fuera de este universo, aferrados a otro sistema de valores, algunas de estas respuestas pueden parecernos demasiado costosas; sin embargo, Rulfo se encarga de instalarnos justo en ese universo, en el que más que descubrir parece que recordamos (y lo consigue porque en Rulfo nada es ficticio ni intencionado), y una vez allí, nada es prescindible, es más, como Justino, sabemos que no hay remedio, que van a matar a su padre; peor: intuimos que el coronel, a su vez, tampoco tiene otra elección. La pregunta entonces se repite, ¿cómo confesarse si allí nadie espera? Nadie espera que las cosas cambien, nadie espera que haya otro lugar al que ir, nadie espera ser perdonado porque hay una suerte de culpabilidad colectiva. Según Paz, la realidad para el mexicano no se crea, tiene entidad propia, es a un tiempo «Madre y Tumba», y en ningún caso algo que sea manipulable o perfeccionable. Probablemente sí hay algo que perdonar, pero ese algo no es un pecado concreto de un hombre concreto: habría que perdonar una forma de

⁷ Rulfo, Juan: *El llano en llamas*, pág. 34.

⁸ *Ibíd.*, pág. 90.